Introducción

La expresión «frentes digitales» contiene el sordo malestar que guió este libro bien antes de ser escrito. Apela a la resistencia, a la responsabilidad, a la autocrítica, al debate, al conflicto, incluso a la hostilidad que sugieren voces como frente, enfrentar, enfrente, frontal o afrontar, en el marco envolvente de la digitalidad, un contexto alienante que también invita a la indiferencia, a la invisibilidad o a la fuga. Abordaremos, detenidamente, la complejidad de los escenarios contradictorios que nos ofrecen las nuevas formas emergentes de la socialidad.

El empleo de lenguaje extremo, y no siempre metafórico, en pos de la autoprovocación, pretende replicar —mediante una crítica tecnológica sin cuartel— al descomunal alarde de la maquinaria digital unificante desde la marginalidad en la que se ha recluido (a) la razón emancipatoria. Se trata de alarmar a los sujetos que podrían marchar hipnotizados junto a legiones de hipnotizados, de recuperar a los llamados «nativos digitales» de la ensoñación proyectada por la vanguardia digital en su avance triunfal.

Con una finalidad: contribuir a repensar, sin nostalgia, los imaginarios de aquella cotidianidad cultural de

insustituibles encuentros y experiencias no mediados, a rehabilitar los ideales de la diversidad, de la emancipación, de la singularidad, regresar al placer de lo incompatible, del silencio, de la incomunicación, de la desaparición, al deseo y disfrute de lo intuitivamente diferente, ambiguo, irrecuperable, falible, efímero, frente al horizonte ficticio y banalizante que auspicia la implacable propaganda digital.

Contemplar, junto a la perdida mirada de los ensoñados, las crecientes cenizas de la diferencia sobre las que, tal vez, las generaciones futuras habrán de reinventar otra diversidad, aunque ya a partir de un mundo completamente homogeneizado por la «tecno-lógica». Un mundo asombrosamente igualitario en la ficción digital, al menos para eso trabajan sus supuestos benefactores pero, paradójicamente, con las mayores cotas masivas de desigualdad y sufrimiento cotidiano y real que ha conocido la historia.

Nada habría de objetar a las tecnologías digitales si no tuviera evidencias y argumentos suficientes de sus pretensiones totalistas, de su afán en inmiscuirse, hurgar y decidir en todas las facetas y rincones de nuestra existencia y, por tanto, de su vocación nítidamente totalitaria. Por otra parte, debemos desmitificar la digitalidad y no imaginarla como una herramienta revolucionaria, como se empeñan en presentarla gobiernos, instituciones educativas, empresas y campañas publicitarias. Las revoluciones siempre surgieron para cambiar lo establecido. Las tecnologías digitales no son revolucionarias porque contribuyen a consolidarlo.

Las personas tienen que comunicarse, he ahí una necesidad vital que sucede, o incluso complementa, a la

de sobrevivir y alimentarse, pero no necesitan sobrealimentarse como tampoco hipercomunicarse. Conocemos los efectos que la sobrealimentación, a base de grasas saturadas y azúcares, causa en la población, singularmente en los menores, pero aún desconocemos los efectos dañinos que la hipercomunicación provocará en los modos de ser y de relación con el mundo.

Es evidente que, del mismo modo que la memoria se debilita cuando se satura de recuerdos registrados (exomemoria), la comunicación y, por tanto, todo un cimiento de la relación social, sufrirá las graves consecuencias de un desbordado canje. ¿Y qué impulsaría a un exceso de comunicación? Simplemente su transformación en un producto comercial más, la invitación constante e insoslayable al consumo adiposo y desmesurado de conversación e interacción.

El grueso de este ensayo parte de dos escenarios hipotéticos a los que les serán dedicadas sendas secciones: la primera aborda lo digital, no como una tecnología más, sino como el instrumento usado estratégicamente por el poder económico, ideológico y político «glocal» para controlar los substratos de las voluntades favoreciendo una comunicación sin límites, lógica y técnicamente mediada, con la pretensión de ocupar la totalidad de la existencia ofreciendo espejismos y ensoñaciones de progreso y libertad, a los que nos referiremos como «fascinación especular»,[1] mediante re-

[1] Fascinación como la que sentían amerindios y africanos de siglos pasados ante los abalorios y el alcohol que les ofrecían los conquistadores y colonos a cambio de sus metales preciosos o del trabajo forzado de por vida en minas o ingenios azucareros.

lucientes, diminutos y deseados dispositivos portátiles cuando, en realidad, no se vislumbra en el horizonte más que mayor vigilancia, control, adoctrinamiento, consumismo, alienación, involución.

Lo que cuestionaré aquí, fundamentalmente, será la presencia omnímoda de esa tecno-lógica digital, en particular su dominio exclusivo sobre el espacio de la comunicación y de la memoria, motor y soporte de la existencia misma de cualquier cultura. Más específicamente: a raíz de la anhelada implantación de la conocida como *Web* social o *Web* 2.0,[2] con la entrada del nuevo siglo y mileno, comenzó a tener lugar lo que hacía tiempo venía gestándose: los modos de comunicación y relación, por tanto, las idiosincrasias de las culturas del mundo y sus procesos autoevolutivos, fueron interrumpidos, colapsaron, y comenzaron a ser sustituidos por protocolos informáticos sépticos, sesgados, interesados, insensibles, diseñados por desenfadados y ambiciosos chicos de *Harvard, Stanford, Mountain View, Silicon Valley* y sus réplicas en otros puntos del planeta como *Bangalore* o *Taipei*. Revisaremos, en ese sentido, su retórica y fantasía democráticas al servicio de unos objetivos y efectos claramente antidemocráticos.

Aunque se trate de un concepto mucho más amplio, en general nos referiremos a la digitalidad, entonces,

[2] Vid la conferencia original de unos de sus promotores, Tim O'Reilly, en la que explica que la crisis de la burbuja tecnológica en 2001, como toda crisis, llevó a la «revolución» productiva que hizo posible las redes sociales: http://web.archive.org/web/20090701185243/http://sociedaddelainformacion.telefonica.es/jsp/articulos/detalle.jsp?elem=2146 (consultado en octubre de 2015)

como la plataforma única que reduce la diversidad comunicativa a un solo canal y lenguaje digitales, siguiendo los designios de, también, una única tecnología totalizante. La tecnología digital provoca en las cosmovisiones y subjetividades la misma explosión destructiva que las armas nucleares causan en los cuerpos.

El otro escenario, del que me ocuparé en la sección segunda, versa sobre la traslación inadvertida del eje enunciativo desde el Nosotros compacto, sólido, dogmático e inmutable que impusieron las geoculturas durante milenios, al Nosotros individualista, fragmentario, inestable, promiscuo y volátil que nos «oferta» la transcultura contemporánea, como consecuencia de la digitalización global, nuevo e inasible flotador que nos insta a aferrarnos a una permanente deriva simbólica. En la breve sección 3ª, se realizará un encendido elogio de la diferencia como horizonte que, tal vez, podría compensar tanto naufragio.

Curiosamente, las redes digitales vienen a proporcionarnos la posibilidad de comunicación ilimitada mediante la formación de múltiples comunidades simultáneas, conversadas, que dinamitan la tradicional comunidad jerárquica de sentido. Sin prejuicios, ni engañosa *saudade*, pero también sin amabilidad alguna hacia las tecnologías de lo establecido, conjeturaré los presupuestos y consecuencias de la precipitada e inconsciente carrera, de miles de millones de subjetividades en estampida, hacia un mañana incierto y, presumiblemente, no más feliz.

Estas presunciones no solo se cimentan en intuiciones derivadas del malestar aludido sino, especialmen-

te, en anotaciones de campo sobre prácticas culturales, aún resistentes en estos albores del milenio digital, y sobre algunas de ellas suspenderé provisionalmente el juicio en aras de la unidad estratégica del frente, en los espacios minados de la memoria y de la comunicación, como son las que llevé a cabo en comunidades *berber* del Antiatlas marroquí (particularmente, en su dimensión proxémica, en la región de los *foum* —gargantas— del Sáhara septentrional), algunas de remota raigambre preislámica, en tres viajes realizados entre 2009 y 2013; en la cultura maya contemporánea, yucateca y chiapaneca, a lo largo de una estancia sabática efectuada en 2015-16; en observaciones sobre algunas culturas «indígenas»[3] venezolanas realizadas, en diciembre de 2006, en las sabanas de Tauca; en ricas conversaciones con esa *cibertribu* urbana que constituyen mis siempre jóvenes estudiantes de Comunicación de la Universidad de Sevilla, «nativos digitales» desgraciadamente demasiado actualizados y entusiasmados con la digitalidad; en la observación crítica minuciosa de las políticas culturales y educativas que apoyan, sin suficientes cautelas, la proliferación de tecnologías digitales entre niños, adultos, ancianos y poblaciones vulnerables, por ejemplo, al «obsequiar» un ordenador portátil con acceso a Internet a cada alumno de 5º de primaria (de diez años de edad) en las escuelas públicas andaluzas (programa

[3] Permítaseme evitar el término «indígena», salvo entrecomillado, por su insultante corrección política y utilizar en su lugar, de acuerdo al contexto, indio, amerindio o, mucho mejor, el nombre de la etnia o comunidad. También a los soldados marroquíes reclutados por el ejército franquista se les denominaba «tropas indígenas».

TIC 2.0, con apoyo del Fondo Europeo para el Desarrollo Regional —Feder—), sin mediar formación crítica paralela, obteniendo resultados parangonables a los del proyecto privado OLPC (*OneLaptopPerChild*), conducido por Negroponte y el MIT, en algunos países de América Latina cuyos gobiernos subsidiaron su irresponsable implantación.

En este punto, me encuentro con una deuda impagable hacia Teresa, Paula y Jorge, por su paciencia durante el periodo de reclusión que impone la escritura, y con una inmensa gratitud hacia Tiziana y Sergio por su calidez cosmopolita. Tampoco podría dejar de expresar mi agradecimiento a la Universidad de Sevilla, en particular al Departamento de Periodismo 1, por la concesión de un año de reoxigenación sabática en México, en tiempos difíciles para la Institución. Gracias a la Universidad Autónoma de Yucatán —UADY— y, especialmente, a la Dra. Cristina Leirana, coordinadora de la Licenciatura en Literatura latinoamericana en la Facultad de Ciencias Antropológicas, por el recibimiento y coordinación de encuentros, al profesor Roberto Ruiz Ferráez, de la Licenciatura de Comunicación, por el intercambio de experiencias, a los estudiantes mayas que colaboraron con tantas informaciones, en particular a Christi Uicab y a James Assir, por sus testimonios. Muchas gracias al profesor Daniel Martínez Ávila, de la Unesp en Brasil, por la revisión del manuscrito y también por su pensamiento implicado. Asimismo, mi agradecimiento por las enriquecedoras conversaciones mantenidas a lo largo de estos años, a través de encuentros y canales muy diversos, a Gonzalo

Abril, Muniz Sodré, Mar Llera, Luis Pérez, José Mª Korta «Ajishäma» (†2013), Susana Sardo, Alfredo Gutiérrez Borrero y Rafael González Galiana, entre muchos otros amigos y colegas cuyas improntas se encuentran, de un modo u otro, en estas páginas. Gracias, también, a Ton Sant por acompañar una vez más, con su magnífica pintura, la cubierta de este otro texto sobre crítica transcultural. Y un emocionado reconocimiento hacia las mujeres tzotziles, Carmela y Pashku, por hablarme de sus vidas errantes entre el destierro forzado y el acoso policial.

Por otra parte, esta tarea no podría haber sido emprendida sin la ayuda, para mí ya imprescindible, de la perspectiva paraconsistente, un proceso de observación en el que lo objetivo y lo subjetivo, lo simple y lo complejo, lo particular y lo general superan las disyunciones evitando, por tanto, la reducción de los engañosos, rígidos y convencionales límites.

De hecho, negar la digitalidad usando recursos digitales, e incluso estando inmersos en sus propias redes, no autoriza otra salida que recurrir a esa otra lógica de lo irracional, forzada a travestirse de racionalidad, históricamente reprimida y enmudecida por la verdad infalible pero no por ello menos real e inconformista. El lector encontrará, a lo largo de estas páginas, numerosos casos de «oximorización»[4] conceptual como

[4] Se trata de una técnica de producción calculada de contradicciones para acceder a nuevos instrumentos conceptuales, a partir de mutilantes dicotomías. Por ejemplo, la oposición centro/periferia, oximorizada, daría lugar a centro periférico (el *Bronx* en Nueva York) y periferia central (el polo tecnológico de *Bangalore* en India). Cfr. García Gutiérrez (2007).

un productivo recurso posepistemológico de mi argumentario paraconsistente.

Con la desclasificación (2007, 2011, 2014b), fui arrasado por el sentimiento inexplicable de que, en la contradicción, podría residir la plausible clave que conforma los modos de conocer y, por tanto, todo lo ya conocido, que lo cierto y lo falso tan solo son modalidades en las que se simultanéan e intercambian instancias provisionales. En consecuencia, lejos de rechazar o eludir las contradicciones, habríamos de elaborarlas calculadamente y ponerlas a trabajar activamente en pos de la construcción de saberes abiertos, inclusivos, transversales.

Abordar el vínculo desigual y asimétrico que las culturas y subjetividades tradicional-contemporáneas mantienen con el imperio digital, desde una aproximación tan receptiva como la desclasificada, posiblemente la más baja, débil y oscura rampa de lanzamiento de un saber sin prejuicios en el que paraconsistencias y consistencias se entrelazan con naturalidad (como en la vida cotidiana, como en la doble moral, como en la mecánica cuántica), no solo constituyó la paradoja maestra en torno a la que han girado mis reflexiones y obsesiones del último decenio sino, especialmente, la más apasionante expedición emprendida hacia el asombroso paisaje de nuestras contradicciones.

Andalucía, Antiatlas, Región Guayana, Mayab
(2006-2016)